

FANTASÍA

(A la memoria del malogrado
escritor A. Arzácar)

Cerca de uno de los muchos balnearios de la provincia de Guipúzcoa y en el mismo borde de la carretera, había una pequeña chabola ó choza, habitada por uno de esos matrimonios baskos, tan simpáticos y honrados como lo son en general los felices mortales de nuestra bendita tierra.

Cuando los bañistas pasaban por allí, raro era el día en que la simpática Josepa Antoni no salía solícita á darles las buenas tardes; en una de estas acertó á pasar una preciosa niña como de cinco años de edad, acompañada de seria y huesuda miss, poniéndose á jugar con la cabrita que el matrimonio poseía como único bien, pues los infelices eran muy pobres, ocupándose él en picar piedra para la carretera, de la que era guarda ó caminero, como aquí se dice.

Llegó el día de partida para la familia de la niña, y ésta, al paso del carruaje que la alejaba de la choza en que tan buenos ratos había pasado, alargó á Josepa Antoni su linda manita y la dejó lo único que también ella poseía: un billete de la rifa de un San Antonio que en el balneario se rifaba.

Guardó la buena mujer el billete y cuál no fué su sorpresa al man-

darla llamar un día el administrador del balneario para decirle que su billete era el favorecido y por consiguiente era suyo el Santo.

Por rara casualidad, era el San Antonio muy aceptable, de talla de bastante mérito, y por él le ofrecieron á Josepa Antoni 1.000 pesetas.

¡Mil pesetas! Un capital para el pobre matrimonio; pero..... con aquella gran fe tan arrraigada que la pobre tenía..... ¿Cómo vender el Santo?

¡No, no! ella en conciencia no podía cometer aquel sacrilegio.

El Santo fué llevado á la choza y colocado en la única mesita que en ella había, encendiendo siempre desde aquel día Josepa Antoni humilde lamparilla de aceite, que con su consumo vino á gravar más en parte la ya triste situación del matrimonio.

Algunos días en que el bueno de Frasku (Francisco) echaba en cara á su mujer el derroche de aceite que hacía, cuando él no tenía siquiera para una jarra de sidra, ella, muy indignada, le decía:

—Mira, Frasku, no digas tonterías, porque con los Santos no se juega.

Y él, que en el fondo era tan buen creyente como su mujer, se escurría rascándose la cabeza y no volvía á replicar.

Pasaron los años, y una tarde en que llovía á torrentes, oyó Josepa Antoni sonar como un tiro en la carretera; se asomó enseguida y vió parado un automóvil en el que iba una joven pareja de recién casados, al parecer, por la broma y el buen humor con que tomaban los percances propios del viajar en esos vehículos.

Interin el marido y el chauffeur arreglaban el desperfecto del carroaje, la señora entró en la choza, llamándole extraordinariamente la atención el que en medio de aquella absoluta pobreza el Santo estuviera alumbrado, impresionando su corazón sensible aquella fe tan grande que veía en el honrado matrimonio, que se privaba de todo antes de que al Santo le faltara la luz.

Pasaron años más, y cuando la situación del pobre FraSku y su mujer se hizo insostenible por cuanto él, enfermo y viejo, no podía trabajar, lloraban frente á la mesita del Santo, alumbrados con la triste luz de la lamparilla, casi espirante por falta de aceite.

En esta situación oyeron llamar á la puerta de la choza, y al acudir á abrir se encontraron con el señor cura del pueblo que, sonriéndose, les decía:

—¡Pobres viejos! el santo ha premiado vuestra constancia, y una señora, cuyo nombre no me es posible revelar, os designa por mi conducto una renta anual con la que podreis vivir vuestros últimos años con tranquilidad y tendreis para luz y..... para sidra.

Esta señora era la que de niña dió el billete á Josepa Antoni y la que más tarde admiró la hermosa fe del buen matrimonio baskongado.

JOSEFA DE ARZÁC.

